



DECENARIO AL ESPÍRITU SANTO (DÍA 5º)

Quinto día del escenario al Espíritu Santo en el que continuamos comentando la secuencia de Pentecostés conocida como el *Veni, Sancte Spiritus*, y comentamos esta parte de la secuencia: «*Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquécenos. Mira el vacío del hombre si Tú le faltas por dentro*».

Me fijo especialmente en un primer momento en esa referencia *al fondo del alma*. Sí, es diferente hablar de la superficie o el fondo, y se le pide al Espíritu Santo no que entre en la parte más periférica y superficial, sino que entre hasta el fondo. Es una referencia que la tradición católica nos trae a la memoria en aquella imagen que santa Teresa de Jesús refiere en el libro de las Moradas, en el que ella habla de la imagen del castillo interior. De hecho, ella tituló el libro de las Moradas como *Moradas del castillo interior*. Refiere ella la imagen de que nuestra alma es como un castillo en el que hay distintos niveles. Hay un nivel que es el del foso que divide a quienes están fuera del castillo de quienes están dentro del castillo. Pero también dentro de las almenas existen distintos lugares que son defendidos y que, aunque el enemigo haya entrado en una primera fase, no quiere decir que haya llegado a conquistar el castillo, porque el castillo está perfectamente pensado para que, en su interior, en una zona que es inexpugnable, haya una habitación interior en la que los enemigos difícilmente podrán entrar si no se les abre desde dentro, si no se les permite desde dentro el acceso. Es el castillo interior. En esta habitación interior es donde mora el Señor dentro de nosotros. Fijaos qué expresión utiliza Santa Teresa: «*Considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, a donde hay muchos aposentos, y en el centro y mitad de todos los aposentos está el más principal, que es a donde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma*». Donde acontece el encuentro de muchos secretos, de mucha intimidad entre Dios y el alma, es en esa habitación interior del castillo, en ese fondo del fondo de nuestra alma. Por eso a veces al Espíritu Santo se le ha llamado el alma de nuestra alma, lo más interior que existe en nosotros, donde nos encontramos con Él.

Una doctrina muy importante es distinguir entre lo más profundo de nuestra vida y lo superficial. Cuántas veces perdemos la paz con facilidad por las cosas exteriores que ocurren en la vida y no somos conscientes de que, aunque en nuestro entorno haya circunstancias que nos puedan truncar nuestros planes, disgustos, reveses, muchas cosas, sin embargo, ninguna de ellas puede robarnos la paz interior que anida en ese lugar donde solamente el Señor tiene acceso en lo más profundo de nuestra alma. Pueden pasar muchas cosas en nuestro exterior sin que perdamos la paz, esa paz que solamente Dios nos puede dar y que solamente la ausencia de Dios nos puede quitar. Por eso la invocación de «*entra hasta el fondo del alma*», hasta lo más

profundo de nuestra vida en medio de muchos problemas, porque fijaos, la vida espiritual no consiste en huir de los problemas de esta vida, en alienarse de ellos, no, sino ser capaz de tener la paz interior en medio de todos los problemas.

Continúa esta secuencia diciendo: «*Mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro*». Hay, pues, un gran vacío interior si Dios no está presente. Si en el medio del castillo, si en lo más profundo de nuestra interioridad no está Dios, estamos vacíos. Quien solo está lleno de sí mismo está vacío. Repito esta expresión que me parece muy importante: quien solo está lleno de sí mismo está vacío. Hemos sido creados para estar llenos de Dios. ¿Os acordáis que decíamos en los primeros días del comentario de este decenario que el hombre no solo es cuerpo y alma, sino que es cuerpo, alma y espíritu, Espíritu Santo? En el corazón del hombre hay un vacío tan grande como del tamaño de Dios, y si Dios no está en nosotros, estamos vacíos. Por eso fijaos, aunque nuestra cultura contemporánea agnóstica haya prescindido de Dios e incluso haya pretendido matar a Dios, le persigue el vacío con su aliento. El vacío interior persigue a nuestra cultura agnóstica con su aliento, y ese aliento parece que lo tiene detrás suyo porque obviamente hemos sido hechos para Dios y estamos vacíos si no nos dejamos llenar de Él y si no percibimos su presencia. Acordaos de la famosa expresión de san Agustín: «*Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en ti*».

Recuerdo una expresión en una entrevista que se le hizo al rey Balduino de Bélgica, un hombre de Dios; él decía que el Señor le dio a ese matrimonio católico que reinó en Bélgica, les dio la gracia de sentir un gran vacío hacia lo que no fuese Dios. Es decir, que el resto de las cosas en las que no estaba Dios presente no les llenaban. Cuando alguien está lleno de Dios, las cosas que son ajenas a Dios nos parecen superficiales, no nos llenan el corazón, nos parece que son entretenimientos. Hay un pasaje precioso de la vida de la vida de santa Teresa de Jesús en el que dice que, en una ocasión, encontrándose con una condesa que era benefactora suya, le invitó a su casa y por la noche, queriendo tener con ella una intimidad, le abrió su cofre y le enseñaba sus perlas preciosas, le enseñaba sus tesoros, y santa Teresa dice que ella en su interior lógicamente respetaba aquel momento, respetaba a aquella mujer con su buena intención, pero decía: «*Yo veía aquellas piedras, aquellas piedras verdes y de otros colores, y las tenía para mí como puro como puro vacío, como barro sin valor ninguno*». Cuando hemos descubierto el tesoro de Dios dentro de nosotros, nos damos cuenta de que el resto de las creaturas de la creación al margen de Dios, son nada y vacío si no están llenas de ese don de Dios.

Hay mucho sufrimiento por haber dado la espalda a la presencia de Dios en nuestra vida. El pecador gime intentando calmar esa sed interior que tiene y llenándola intentando beber de fuentes de agua contaminada, y el corazón del hombre cuanto más vacío está, más pesa. Sí, el corazón vacío de Dios pesa mucho, porque pasa una cosa: ese vacío de Dios es ocupado inmediatamente por otras cosas que pesan mucho. Apegos, adicciones que están ocupando el puesto que debía de ocupar Dios. Dios ocupa el fondo de nuestra alma y nos hace plenamente libres, pero cuando ese espacio que debía de ocupar Dios lo ocupa lo que no es Dios, pesa mucho y nos esclaviza. Leo este párrafo que es citado por el papa Francisco, del documento de Puebla. Dice: «*Si la Iglesia no predica el Evangelio, se producirá un vacío que lo*

ocuparán las sectas, lo ocuparán los mesianismos políticos secularizados o el consumismo que produce hastío o la indiferencia o el pansexualismo pagano». Si no llenamos el centro del corazón del hombre de Dios, va a ser ocupado ese espacio por sectas, por mesianismos políticos, por un consumismo, por la indiferencia, por el pansexualismo, por las adicciones. Nuevamente la Iglesia se enfrenta con este problema: el hombre necesita ser redimido para no ser esclavizado por los ídolos, porque en cuanto que Dios deja de estar en el centro de nuestro corazón, los ídolos inmediatamente ocupan ese lugar.

Por eso hay un poeta griego que dice que el vacío existe mientras no caigas en él. Como caigas en el vacío, en realidad lo que no es que estés vacío, es que está lleno de ídolos. Por eso hay mucha gente, son muchos hermanos nuestros los que están instalados en el vacío sin darse cuenta de ello; incluso hasta se sienten satisfechos, porque es fácil engañarnos llenando nuestro corazón de vanidades que se lleva el viento, que son nada y vacío, pero que nos entretienen y nos ocupan; aficiones que se convierten en adicciones, como he dicho antes, mesianismos políticos, la obsesión por el sexo y tantas otras cosas. El «pan y circo» de nuestros tiempos. Quizás el «pan y circo» de los romanos en este momento se ha convertido en internet, fútbol, cerveza y pornografía. Quizás sea el «pan y circo» de nuestros tiempos. *«Mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro».*

Por eso os invito a que invoquemos el don del Espíritu para que para que llene nuestros corazones, para que entre a lo más hondo, al fondo de nuestra alma donde nada puede arrebatarnos esa presencia de Dios en nuestra vida.

Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre, don en tus dones espléndido, luz que penetra las almas, fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquécenos. Mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones según la fe de tus siervos. Por tu bondad y tu gracia dale al esfuerzo su mérito, salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno.

Amén.